

INFANCIA Y LITERATURA

WALTER BENJAMIN Y EL PROBLEMA DE LA LITERATURA INFANTIL

Carlos Araya

Resumen

La existencia de un *infans*, un ser carente de voz, propone la dificultad para eso que llamamos lenguaje y específicamente lengua humana. Como ya claramente expuso Agamben en *Infancia e historia*, los animales no son los seres carentes de lenguaje, por el contrario son los seres que nacen completamente dentro del lenguaje y nunca lo abandonan, sino los seres humanos son precisamente los seres vivos que nacemos carentes de lenguaje a quienes se les exige desde una infancia *originarlo*.

Este texto analizará el problema que plantea la existencia aporética de una infancia en la lengua humana; de sus implicancias para ese ápice de calidad que llamamos literatura y su problemático género de la literatura infantil. La infancia en un sentido trascendental relaciona la singularidad de la literatura con la exposición de la verdad; origen de la experiencia. Si confrontamos la diferencia Benjaminiana entre dos silencios; entre la lengua humana y la lengua general, consideramos la urgencia de la interrupción de las dialécticas entre lo animal y lo humano, la infancia y la madures, la carencia y posesión del lenguaje. Y desde la cual se alumbró la vocación ética-histórica que una teoría de la infancia debería considerar a la hora de pensar el problema de su origen y condición, replanteando desde ahí el verdadero origen del lenguaje, de la razón y de la subjetividad, de las cuales parecen hoy más que nunca caer en la pobreza irremediable de una excepción que hemos aprendido a administrar.

Palabras claves: Infancia, inmanencia, lengua, literatura, silencio.

Abstract

The existence of a *infans*, a being voiceless, suggests the difficulty of what we call specific language and human language. As clearly stated in *Infancy and History* Agamben, the animals are not devoid of language beings, by contrast beings are

born entirely within the language and never abandon, human beings are living beings who are born lacking language and who are required from a childhood started it.

This paper discusses the problem of the existence of a childhood aporetic in human language; and its implications for the bit of quality we call literature and problematic genre of children's literature. Children in a transcendental sense relates the singularity of literature exposing the truth, source of experience. If we compare the difference between two silences Benjamin, between human language and general language, we consider the urgency of the interruption of the dialectics between animal and man, childhood and maturity, lack and possession of language. And from which illuminates the ethical vocation-historical theory of childhood should consider when thinking about the problem of their origin or status, redefining the true origin of language, reason and subjectivity, of which now seem to fall into irremediable poverty of an exception that we have learned to manage.

Keywords: Childhood, immanence, language, literature, silence.

1. Infancia y literatura

La conjugación de los nombres de *Infancia y Literatura* proponen en primera instancia una aporía en la literatura infantil que se suele discutir en torno al problema de la clasificación de los géneros literarios, pero que es más apropiado pensar en relación con el destino de una obra literaria. Pues una literatura destinada a los niños debe hacerse cargo no sólo de pensar qué es la infancia, sino además, pues los niños lo ponen a prueba, qué es la literatura. Por supuesto que no se trata de definir la literatura o la infancia, sino de lograr desmontar un estado de infancia que confronta lo infantil a lo maduro, así como un estado literario que confronta la palabra con la vida y que propone una tarea biopolítica para la literatura, es decir, ¿qué destino humano compromete de antemano cierto estado de la literatura? Así, la crisis genérica de la literatura infantil, como género destinado a la moral, o como género exiliado de una literatura que rehúye la clasificación y condena la literatura infantil por falta de integridad estética (Croce y Gramsci) en busca de una poética general (que se propone acabar con las distinciones en los géneros literarios pero que se mantiene impensada de la distinción entre lengua literaria y lengua cotidiana-habitual), conlleva la aporía que se cierne tanto en la literatura como en la infancia por sí solas. Y que se formula en la representación de la infancia como silencio inmaduro, de la literatura infantil como marco genérico de dicho silencio y de la literatura en general como marco impuesto, a su vez, por cierta noción de lenguaje humanamente configurado. La literatura como destinación moral de la infancia, cierra todo camino (áporos) bajo su intención de superarla, desenmarcándose

dialécticamente del silencio infantil como sentido maduro. Intensión de la que un lenguaje poético general no escapa. En este mismo sentido, el contexto educativo en el que la literatura infantil parece ser la conexión fundamental con la infancia no se libra de ésta aporía del lenguaje humano, y que en una filosofía para niños se podría sostener como un silencioso problema de urgencia total.

La obra de Walter Benjamin, dedicada en ciertos momentos de su juventud al problema de la infancia y la literatura infantil, y en sus últimos a la filosofía de la historia, nos invita a hacernos cargo de esta aporía que se cierra como destino en el lenguaje humano.

Pero donde para Benjamin no se abre (poros) simplemente como condena del significado en una filosofía de la inmanencia, el problema se trata más bien de comprender que la culminación del nombre en el significado y su puesta en transacción mercantil semiótica no es el fin último del lenguaje sino su transición incompleta. *El significado es simplemente un estado intermedio entre la inmanencia del nombre y la involuntaria alegoría de la verdad. Una filosofía del nombre que se asume muda de significado es aquí más bien una infancia del sistema acotado de representación, una literatura que encuentra su chance desde la pura inmanencia y desde la cual libera el verdadero significado del lenguaje (la verdad) sin ignorar el intermedio estado del significado, sino por el contrario desde el puro estado virtual.* En el que la literatura no puede sino ser inorgánica, irresponsable, asumiendo como dificultad el destino moral que cierta noción del lenguaje le sobrenomina.

¿Puede existir un *ethos* en semejante llamado de infancia, como lo haría Agamben con su *experimentum linguae* en *Infancia e historia*? ¿Cuál podría ser un *ethos* de la singularidad del lenguaje, de una infancia del lenguaje? ¿Qué implica pensar el problema de la literatura infantil, que acaso conlleva el problema de la literatura en general, de la comunidad escrita, como escritura destinada, vida destinada, por ley y moral, que por cierto no funcionan distintas? ¿Tendremos acaso que pensar esta escritura cerradamente desde la literatura en lo que Bataille se ha atrevido a declarar cuando dice que *la literatura es la infancia al fin recuperada*? O quizás con los niños de Gabriela Mistral, quien gustaba que jugaran con el polvo sagrado de sus huesos, haciendo justicia con los muertos y el pasado, justicia que simpatizaría con la redención benjaminiana. O *La voz en el lenguaje*, que aclara Deleuze cuando Parnet le pregunta por la infancia; y este responde que *la literatura no tiene nada que ver con la infancia, nada que ver con lo personal*, pero sí, *escribir es devenir, devenir niño, devenir animal*.

2. Infancia y silencio

El problema de la diferencia entre el silencio humano y la inmanencia natural de las cosas comprometida en el origen del lenguaje es el problema fundamental para la ejemplar lectura del génesis en *Sobre el lenguaje en cuanto tal y el lenguaje*

del hombre (1916). En la que Benjamin expone con relación a dos tiempos, que la lengua del hombre no sería más que un caso particular del verdadero estado general del lenguaje. En un primer momento existiría el tiempo adánico y pleno del paraíso donde la naturaleza es muda pero poseedora de un silencio inmanente a las cosas, un silencio que correspondería con los nombres que Adán con la palabra creadora de Dios les coloca. El *gesto* creador de la palabra de Dios se donaría a la palabra de Adán, quien, a su vez, donaría a las cosas justamente de lo que carece la naturaleza en su silencio inmanente, y esto es el *nombre*. Pero Benjamin no dice que las cosas de la naturaleza carezcan de lenguaje, sino que mientras el hombre poseería la capacidad de darse su propia lengua, como el gesto creador de Dios, la naturaleza poseería un lenguaje de pura inmanencia, como *inmediatez* de su materia. Y por lo tanto es *en el nombre donde el hombre y las cosas se comunican*, quedando de esta forma sellada la comunidad, entre Dios, el hombre y las cosas. Pero existiría un segundo momento, el de la caída, donde el conocimiento del hombre traicionaría su poder creativo, con el conocimiento del bien y el mal que daría origen a la palabra juzgadora, en la que el lenguaje se vuelve mero signo dando origen a la abstracción, donde la inmediatez en la comunicación de lo concreto se abandonaría hacia una mediatez de la comunicación. Esta caída daría origen a otro silencio, ya no al silencio que acompaña la inmediatez de una inmanencia sino el enmudecimiento a causa de la tristeza de la naturaleza.

Así, este texto es una exigencia para el lenguaje de los hombres, que debería asumir su tarea por recuperar aquella comunicación con la inmanencia y singularidad de las cosas. Recuperar la inmanencia inmediata en el nombre, y que debería asumir como método la *traducción* en relación con las cosas y sus singulares lenguas materiales;

«[Pues la] [...] traducción del lenguaje de las cosas al lenguaje de los hombres no sería posible si ambos no estuvieran emparentados en Dios, sino procedieran de la misma palabra creadora, que en las cosas se convierte en comunicación de la materia en comunidad mágica, y en el ser humano se convierte en lenguaje del conocimiento del nombrar [...]» (2007:156).

Hasta aquí es fundamental subrayar la diferencia benjaminiana entre el triste silencio humanamente definido en el significado, y el silencio feliz, el silencio de la naturaleza, que no sería carencia de lenguaje, sino la lengua de las cosas como pura impronta. Es decir, la diferencia entre un enmudecimiento humanamente fundado y el silencio de una naturaleza inmanentemente acontecida. Y que exige a la lengua humana la tarea de una escucha y traducción de las cosas y, por tanto, de una revisión de los modos de su fundación y conservación tradicional. No es menor en este sentido una cita de Hamman que Benjamin hace en este texto de 1916 refiriéndose al origen natural, inmanente y feliz de la lengua adánica, en la que dice: «[...] el origen del lenguaje fue tan natural, algo tan sencillo y tan cercano como un juego de niños».

Así, en relación con esta cita no sería tan forzado comenzar a pensar una infancia del lenguaje ya no como la excluida de un estado maduro del lenguaje, excluida como intermitente estado silenciado de la criatura, sino ahora, como acontecer en la naturaleza feliz, como momento, entre la caída del significado, y la feliz plenitud de las cosas. Es decir, existiría un momento adánico en la infancia del lenguaje si comprendemos en ésta la feliz y pura inmanencia cercana a las cosas olvidadas, pero que peligraría en relación con la fundación del estado humano que, como conocimiento del bien y el mal, destina a un estado moral del lenguaje, exponiendo la tristeza de una infancia muda y carente de lenguaje. Lo que nos remite al problema de la fundación de la lengua humana y de la maniobra excluyente que el significado hace de la singularidad del nombre.

3. Infancia e interrupción

El problema de la fundación humana de la lengua y el verdadero origen del lenguaje natural es una cuestión que nos remite a aquel formidable ensayo *Hacia la crítica de la violencia* (1921). Voy a intentar no extenderme demasiado en interpretaciones que ya han sido coherentemente expuestas, pero creo que es prioritario releer en relación con la anterior cita y los dos silencios del lenguaje, esta crítica que Benjamin logra establecer en contra del derecho en general, como crítica contra el estado de representación y represión simultánea, donde la violencia ocupa el rol fundamental tanto como fundadora de derecho como conservadora de estado normal. Este texto, al distinguir entre dos tipos de violencias, la que conserva estado y la que funda estado, presta interés especial por la segunda, pero no en el simple sentido de fundación de estado, sino más bien como pura manifestación destructiva que soporta aquel gesto fundador. Recordándonos así la diferencia entre violencia mítica y violencia divina;

«[...] la violencia divina es lo contrario de la violencia mítica en todos los aspectos. Si la violencia mítica instauro derecho, la violencia divina lo aniquila; si aquella pone límites, ésta destruye ilimitadamente; si la violencia mítica inculpa y expía al mismo tiempo, la divina redime, si aquella amenaza, ésta golpea [...]» (op cit, p 203).

De esta forma, si una crítica del derecho implica una crítica de su violencia implícita, la justicia que debería asegurar dicho derecho sólo encontraría su chance en aquella violencia destructiva, pero ya no como estado fundador y conservador al modo del estado de excepción, sino como lo que volverá a invocar Benjamin en la octava tesis *sobre el concepto de historia*, como *verdadero estado de excepción*, como interrupción completa de la regla opresora.

En relación con el problema de la representación del lenguaje, recordando el texto de 1916, como el estado sobredenominado por el significado, el *verdadero estado de excepción* es aquel momento en el que la vida y el lenguaje se juegan feliz

e indistintamente, y la violencia divina que no es otra que una violencia destructiva interrumpe aquel triste estado representado de la lengua. Si leemos en aquella concepción burguesa de la lengua no otra cosa que un estado de lengua sometida bajo regla del significado. Y que necesitaría de un gesto conservador, de infancia podríamos agregar ya, para regular y conservar aquella representación del lenguaje. Negligentemente la palabra humana debe olvidar la singularidad que podría inquietar la representación, es decir, la regla del lenguaje humano es el estado que para conservarse en su representación debe hacer excepción a su propia singularidad. En suma, así como existen dos momentos y dos silencios en el texto de 1916, en éste de 1921 también existirían dos estados, y que nos indicarían el camino de la justicia perdida por aquel estado que colude con la regla del estado de excepción, autorizando ahora el *verdadero estado de excepción* como un momento de pura interrupción de la representación de la lengua, como verdadero estado de lengua pura, de pura inmanencia. Y que interrumpiría la dialéctica infancia/lenguaje con un verdadero estado de infancia, como un verdadero estado de inmanencia del nombre. Pues si la infancia, tradicionalmente entendida, es el silencio que conserva la lengua en su representación, la verdadera infancia es la interrupción de aquella dialéctica que conserva la fuerza del silencio no ya como oscuro silencio que da luz al significado, sino como silencio anasémico del nombre.

Esta interrupción es lo que Benjamin problematiza con aquella sentencia, en *El origen del drama barroco alemán* (1924/5), que hace de «la muerte de la intención» el método interrumpidor de toda subjetividad aseguradora de decir-conocer la verdad. Lo que nos presenta de nuevo el problema de la infancia en relación con el lugar de la subjetividad en la obra de arte, y específicamente en la obra de arte destinada a la infancia.

4. Literatura e inmanencia

En *el narrador*, dice Pablo Oyarzún, Benjamin expone la crisis de la experiencia en el fin del arte de narrar como un fin que estaría sellado en el origen de la literatura. La literatura adquiere de forma límite el saber de su fin en el contexto moderno donde el novelista ya no puede acoger la experiencia que se trasmitía de forma oral, sino ahora sólo donde la novela «signa la perplejidad del sujeto como individuo aislado en la pletórica existencia». Pero estas nuevas condiciones, la del libro y su novela, darían origen a una narración puramente problemática ya no «exposición de la plenitud de la vida humana» sino «como perplejidad que aqueja al viviente», es decir, daría forma al ensayo. Que a diferencia del arte de narrar destinado a la ficción de la literatura iría destinado a la verdad como crítica (vida), de modo que el origen de la literatura estaría marcado por la ficción, y la misma ficción lo estaría por el sujeto moderno. Pues el sujeto necesita de la ficción para conformarse en su estado no-literario, que a su vez produce el *bluff* de lo literario

(la ficción). Justo en este punto la ficción o el estado fantástico e imaginario de la literatura, necesita de una regulación de estado de excepción, en la que subjetividad y ficción se proponen a conservar la ficción de la subjetividad. Y en la que el ensayo sería su interrupción como *schock* de conciencias que alcanzaría la destrucción de la misma intención que como voluntad de saber se separaba de la supuesta ficción como consciencia-real.

Aquí, la literatura infantil poseería una categoría inferior a la «gran» literatura, precisamente por debilitar este principio de subjetividad que ampara toda historia literaria como ficción correctamente regulada, pero que al mismo tiempo coludiría con la gran literatura al dejarse proponer como «fantástica».

Pero la gran literatura no deja de ser fantástica; la verdadera diferencia es que mientras la grande fantasea intermitentemente, la literatura infantil lo hace «en grande». Si la gran literatura regula adecuadamente la ficción, la pequeña literatura infantil lo intenta sin regulación alguna. Al no medir el lenguaje singular, sino en un exceso de las condiciones que producían la ficción rompe toda relación entre lo real y la ficción. Punto en el que es preciso no confundir que si el ensayo es la forma literaria que aglutina las claras conciencias hasta alcanzar la verdad, la literatura infantil no es la aglutinación de confusiones, sino la plétora de las singularidades que producen las conciencias estudiadas a un nivel microfísico de la miniatura, pero que de igual forma alcanza la plétora de conciencias que ya en primer lugar fueron originadas por el ciframiento propio de las singularidades. A nivel moral, a esto precisamente se refería Bataille con su declaración de *la literatura es la infancia al fin recuperada*, en un sentido *hipermoral*, como plétora de una moralidad extremadamente fiel a su coherencia singular (su lenguaje), y que para Bataille tiene la forma fundamental del *exceso moral*, en las obras estudiadas en *La literatura y el mal* (1957).

La literatura infantil, en este sentido, posee personajes débiles de subjetividad, pobres en intensión, precisamente porque a los niños a quienes están destinados estos libros viven en aquel estado de existencia acéfala. Así como Benjamin se refiere a *la puerta estrecha* de André Gide (1919), donde Gide no es capaz de sostener la integridad subjetiva de sus personajes, dos niños que buscan el camino al cielo, precisamente porque la intención de los niños es interrumpida por su infancia moral que destruye la representación-de-los-personajes; de igual forma se refiere a la comedia de carácter de Molière en *Destino y carácter* (1921), como literatura que en su temperamento interrumpe el estatuto de subjetividad, y en la que trata de paródico el origen de su genio literario desde la infantilidad moral, haciendo hincapié, precisamente, tanto en su riego premoral proyectado en la culpa como en su chance singular en el silencio de la tragedia. Y que en *Karl Kraus* (1931), nuevamente vuelve a aparecer bajo la figura del niño y que Galende (2009), coherentemente, lee completo en relación con la interrupción de la destrucción, como el *monstruo infantil*. Es decir, éste es nuevamente el punto en el que podemos relacionar literatura infantil e interrupción al estatuto literario, como al gran canon de creación moderna que es la subjetividad.

No es menor, en este sentido, comparar que mientras la aparición de cierta tecnología de reproducción técnica fue la que dio origen a la literatura en cuanto dio origen al libro, fue ésta también la que posibilitó en su expresión verdaderamente infantil de comunicación; el libro de colores, de ilustraciones y estampillas. Y así como da origen al ensayo, en la literatura infantil da origen a la crisis subjetiva de la historia y al chance de una verdadera inmanencia técnica del libro. A la imposibilidad del personaje infantil, y en este sentido habría que decir que Croce tiene razón al declarar esta falta de integridad, pero más bien como la posibilidad que una literatura podría asumir bajo una nueva prosa no menos sobria que la del ensayo; una literatura que no alegue desde la integridad en las intenciones de sus personajes sino desde la pura inmanencia de sus nombres, una prosa que *juegue* con sus partes, sus capítulos, con su gráfica y color. Pero, volvemos a recalcarlo, no como una aleatoria combinación de singularidad, sino como un estudio de la forma hipercoherente, para usar parte de la expresión de Bataille, en que los niños son *capaces* de enseñarnos a escuchar la singularidad del lenguaje, que siempre incomodará la conciencia adulta, y que en algún punto de la verdadera infancia, es fundamental no olvidarlo, ellos perderán, no para fundar «lo grande» sino la dialéctica infancia/madurez.

En otras palabras, *el concepto moderno de infancia está comprometido desde su origen con la pobreza de experiencia que compromete a su vez el origen de la aporía en la literatura*. Y si la pobreza de experiencia es la regla que se instala en la literatura, pero que desde su origen se sabe escépticamente, por usar la expresión de Oyarzún, el origen de la literatura infantil estaría comprometido *técnicamente* con el origen de la literatura, en general, como verdadera infancia de la literatura que como *origen técnico*, como miniaturización, como letra pequeña; letra impresa, hoja reducida en su corte, relacionarían infancia y literatura desde sus orígenes como un compromiso que se sella inmanentemente para ambos.

Esta interpretación podría decirnos cómo llamar a eso que Benjamin intentaba con un *juego de citas*. No, por supuesto como una escritura simplemente demente, en el sentido de confusa, sino más bien como una conciencia lucida de su tarea de reaprendizaje del *juego*, como origen de una *verdadera* conciencia, pero que nos exige la escucha atenta, el susurro singular de la inmanencia de cada imagen de textos, completamente comprometida con lo triste oprimido que no tiene oído humano que le escuche. Y quizás a esto se refería Gabriela Mistral con la recuperación de un tiempo pasado como tiempo del árbol-madre (1990). Recordando la figura de la niña-madre (1986), y que habría que leer *a lo Marchant*, en cercanía de la niña-árbol. *El niño mexicano que recobra el bálsamo maya del que a mí me despojaron y que en sus cabellos recobró a los mayas dispersados, jugando a la ronda con los astros que espera que se lo lleven. La niña que era pajita*, miniatura como la piedrita, era y no era, *el niño indio que al jugar con la Tierra la vuelve eterna*. O la hipermoral muerte de la *caperucita roja arroyada por la bestia*, quien ha *molido las carnes, y ha molido los huesos, y ha exprimido como una cereza el corazón*. De los *piecitos que donde ponéis la plantita sangrante, el nardo nace más fragante, a manoseo de las manitas pediguéñas*

dueñas del mundo. De los cabellos de niño mejores que las alas de ángel para refrescar la magulladura al corazón y aumentar la luz que es moribunda. Y que resuena al unísono con *Juan esparraguito* de Agustín Edwards (1930); el niño *casi* legumbre, que compromete feliz la infancia con lo no humano perdido.

Pablo Oyarzún sugirió que la literatura podría ser una variante del escepticismo. Aquí sugerimos que la literatura infantil podría proveer ejemplarmente las condiciones materiales para aquella tarea escéptica. Pues existiría un momento adánico en la infancia, que no iría más allá de la inmanencia pura en la que los juegos profanos destruyen toda intención. Pero que no alcanzarían una metafísica de la juventud sin traicionar el silencio inmanente como silencio convencional. Y en la que la literatura destinada como ficción moral, encuentra su chance en la fabricación anasémica de la literatura infantil.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (2007): *Infancia e historia.*, Adriano Hidalgo, Buenos Aires. Silvio Mattoni, trad.
- BATAILLE, George (2010): *La literatura y el mal*, Nortedur, Barcelona. Lourdes Ortiz, trad.
- BENJAMIN, Walter (1990): *El origen del drama barroco alemán*, Taurus, Madrid. José Muñoz Millanes, trad.
- (2005): *Libro de los pasajes*, Akal, Madrid. Luis Fernández Catañeda, Isidro Herrera y Fernando Guerrero, trad.
- (2007): *Obras*, libro II/volumen 1, Abada editores, Madrid. Jorge Navarro Pérez, trad.
- (2009): *Obras*, libro II/volumen 2, Abada editores, Madrid. Jorge Navarro Pérez, trad.
- (2010): *Obras*, libro IV/volumen 1, Abada editores, Madrid. Jorge Navarro Pérez, trad.
- BLANCHOT, Maurice (1990): *La escritura del desastre*, Monteavila editores, Caracas. Pierre de Place, trad.
- COMENIUS, John Amos (1887): *The orbis sensualium pictus*, C.W. Bardeen Publisher, Londres.

EDWARDS, Agustín (1930): *Aventuras de Juan Esparraguito o El niño casi legumbre*. Biblioteca Nacional Santiago, Santiago.

GALENDE, Federico (2009): *Walter Benjamin y la destrucción*, Ediciones Metales Pesados, Santiago.

MISTRAL, Gabriela (1986): *Poesía Infantil*. Editorial Andrés Bello, Santiago.

(1990): *Desolación*, Editorial Andrés Bello, Santiago.

OYARZÚN, Pablo (2009): *La letra volada. Ensayos sobre literatura*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago.